

COMPañIA

"No es bueno que el hombre esté solo".- GÉNESIS

Cuando desalojamos nuestra mente de los mil problemas que la ocupan y enfocamos la atención hacia nosotros mismos, hacia este hecho único, tal vez casual, que supone vivir, nos invade una cierta emocionada perplejidad. ¡Sentirse vivir! ¡Sentirse un ser individualizado, singular, distinto! Pero esta sensación, eufórica y agradable, va desapareciendo en cuanto pensamos sobre sus consecuencias é implicaciones, especialmente en esa singularidad que el acontecimiento de existir comporta. Porque aparecemos como un islote vital, rodeado de un mundo que es ajeno, extraño a nuestro propio ser; y este suceso, no menos insólito que nuestra vida, acaba haciéndonos sentir una angustiada soledad que parece insalvable al sabernos únicos y distantes de los demás.

Hay un hondo abismo que separa un ser de otro, pese a la proximidad, aveces agobiante, de la multitud que nos circunda. Eso que somos, recónditamente alojado en la mente, en una intimidad acorazada, rara vez asoma de forma mínima a la luz ni permite ningún leve examen o contacto con el exterior; si acaso se disfraza para ofrecer una cierta imagen convencional.

La acuciante necesidad de escapar de esa soledad existencial, sin embargo, hace que se construyan puentes o escalas de un ser a otro. El hombre precisa compañía, no sólo por exigencias de su carácter social, sino como complemento entrañable y emotivo sin el cual la vida resultaría carga pesada y no un suceso sugestivo. Para ello ha de conseguir emitir y recibir, al menos, partes importantes de intimidades.

No es bueno que el hombre esté solo, dice el Génesis y de esta evidencia surgió otro ser para que la vida no fuera un solitario devenir esforzado, triste y

sin emoción.

Es fácil comprobar como el imperioso estímulo que lleva a la búsqueda de compañía, ha sido algo común é inevitable en todas las etapas y avatares de las distintas sociedades y culturas. Tal estímulo, como to do lo vital, es tan complejo como sus causas, que no pueden concretarse en un número determinado. Lo que sí puede hacerse es señalar el predominio o la mayor intensidad de algunas de ellas, como ese impulso por huir de la soledad existencial o el no menos acuciante del amor.

Y decimos amor, no sexo, para distinguir el instinto primario, con finalidad específica de perpetuación de la especie, de algo larga y bellamente elaborado en lentos siglos, que aún teniendo su origen en aquél, se ha transformado, no obstante, en el sentimiento más atrayente, generoso, espléndido y sugerente del ser humano. El hombre tiene la excelsa y maravillosa facultad de complicar, sublimándolas, sus más elementales apetencias. La pura satisfacción instintiva la ha convertido, quizá por converger con otras influencias que empujan a la formación de la pareja, en exquisita é incomparable fuerza capaz, por sí sola, de justificar los más inauditos actos y los mayores sacrificios.

El deseo instintivo y físico, aún en las sociedades menos permisivas, no ha encontrado nunca obstáculos insalvables. No puede, por tanto, identificarse amor y placer, sin que ello signifique, tampoco, que no sea éste importante complemento de aquél. El amor es el medio más seguro y eficaz para salir de la soledad en que se está sumido. La fuerte sugestión que imprime a la vida, su capacidad de atracción con intensidad sin límites, hace que nos desalojemos de nosotros mismos para verternos sobre otra persona, en una mágica y siempre inigualable identificación.

La búsqueda de compañía es una constante histórica. Las modalidades que haya revestido este acercamiento entre la mujer y el hombre, su convivencia y or

ganización familiar, generalmente, han dependido de circunstancias ajenas al hecho. Lo que si es comprobable -Marañón tiene estudios sobre el tema- es la tendencia hacia la monogamia. Las excepciones, como la poligamia o poliandria, han de contemplarse como resultado de causas diversas, unas veces económicas, otras naturales, que no desvirtuan para nada la afirmación; y aún en estos casos, es siempre una sola persona la que prima sobre las demás, la que obtiene los honores, privilegios y atenciones esenciales.

La compañía, pues, es siempre dual, como no podía ser menos si el componente de mayor fuerza es el amor. Se puede sentir afecto, simpatía, amistad - especies menores de aquél - hacia numerosos seres; pero el amor se dispara únicamente sobre una sola persona, con exclusividad y exclusión de todas las demás. Y es ella la compañía que deseamos y precisamos desesperadamente; sin su presencia, pese a la muchedumbre de semejantes en torno nuestro, nos sentimos dolorosa e irremediablemente aislados, perdidos, solos.

Soledad, angustia vital,
 anhelo de compañía
 para llenar noche y día,
 este vivir sin ideal.
 Te busco, amor, con ansiedad
 para compartir, unidos,
 la vida a la que hemos sido
 arrojados sin piedad.